

## Goldberg

A Yannis Ritsos

*(17 de julio. Casilla de madera, un ambiente. Un hombre de unos 60 años, en la penumbra de las cinco de la tarde. El lucero vespertino se ve por la ventana sobre un fondo azulnegro intenso. El hombre ha publicado un libro de poemas que ahora está sobre el hule amarillo que cubre la mesa. El hombre habla al fulgor naranja de una estufa a leña, que ruge sordamente con el temporal de viento)*

Ya no hay dónde ir  
hoy habrá luna nueva,  
la luna negra, y no se verán  
las estrías en mis uñas  
sin luna, soy una sombra  
con los bronquios rotos,

y tal vez aparezcan unos ojos furtivos de lagarto  
y ya no hay donde ir.

En estas noches sin luna  
mi sombra y tu sombra se espesan en los rincones  
y hay fugaces presencias por los bordes del fuego  
que en tinta de noche escriben tu nombre  
sobre las hojas manuscritas  
que ya no puedo leer...

ya no hay donde ir  
aquí concluyo, donde acaban los álamos,  
donde la calle se borrona de ripio  
y todo es susurrar y crujir de huesos  
bajo el nácar de la luna ausente  
y de hielo mordiendo  
hasta que la carne se vuelve abstracta  
y luego no hay lugar ni tiempo  
y creo que nunca he sido,

ya no hay donde ir  
y quisiera verte de nuevo en la plaza de las retamas  
una última vez  
frente al Colegio Don Bosco  
y habrá fragancias tibias y dulces

con algo de salina en la brisa de marzo  
y flotaremos sobre las piedras azules  
y flotará tu falda negra  
con un leve roce de alas sacudidas  
por el sol del sur  
y en ese momento mínimo tu cintura  
tus vértebras quemándome los dedos  
tu boca curvando la luz de ese día  
que no es hoy ni mañana ni ayer,  
que es día sin bronquios rotos  
y es día de no ir a parte alguna,  
sé que al fin la soledad, lo insignificante,  
lo que va a morir, lo sé,  
y este lugar está embrujado, me está arrojando  
al vacío, digo, que todo se ha vuelto anacrónico  
y extemporáneo, las chapas se doblan,  
mi cuadro de Klimt está desapareciendo  
el barniz flota en el humo de lenga,  
y los muertos rondan el catre  
buscando mi olor y mi tedio  
entre los libros viejos,

yo he sido joven, he rozado tus pechos  
y he soñado con el Sena y los gitanos en Málaga,  
te lo juro, he mirado a un toro de lidia a los ojos  
y le he dicho sonriendo: "voy a matarte",  
siempre esa nostalgia de una playa de arenas blancas  
y un barco de pesca naranja y verde  
y yo era un niño de múltiples talentos  
(entre ellos, enamorarte)

y ya no sé muy bien de qué estaba hablando, sí,  
en el banco de la plaza con sus retamas amarillas  
vos leías un poema de Prevert  
y yo tocaba tu muslo derecho bajo la falda negra  
que eran como alas bajo el sol de marzo  
y todo se detenía, la gravedad, el aire marino,  
la guerra, dios, las horrendas máquinas de Halliburton,  
y así sería para siempre el mundo: tu piel en mi mano,  
un universo en suspenso que al fin el esmeralda  
de tus ojos que ya nada ven  
que son un puro mirarse en los míos,  
que son puro adentro y nada más,

ya no hay donde ir, eso decía,  
sólo queda el lucero en un cielo sin luna

y el vago recuerdo de un atardecer rosa  
como un flamenco inmensurable en el horizonte  
y los camiones del regimiento de infantería nº 8  
y estoy solito, y escucho mi alma  
bombeando vacío y me digo:  
yo la he escrito mil veces  
yo la he nombrado en cada letra  
en cada espacio en blanco  
la he inscripto en toda la meseta  
y en el cráneo de cada fusilado ese atardecer rosa  
como un flamenco inmensurable en el horizonte  
pero no ha sido suficiente,

este lugar se ha vuelto extraño  
este cuerpo se ha vuelto extraño,  
en algún anochecer estarás haciendo soñar  
las cosas con tu mirar de jade  
mientras yo me aferro a lo que queda de tu rostro  
de tu hombro desnudo donde el mundo tenía un sentido  
esa tarde de polvillo garuando  
sobre el vinilo de las Goldberg  
y era marzo, creo que ya lo dije, y luego los torturados  
y los baldíos sembrados de muertitos,  
cuando supe, por un instante,  
que la muerte estaría muerta para nosotros  
y todo orden sería el reflejo de tu sexo en mi boca,  
así de sencillo, así de cierto, así de claro,

y ahora esta quietud de huesos viejos  
esta noche que huele a gatos y suena  
a escarabajos negros sobre el hielo  
y los vidrios tiemblan con el vendaval  
y tanto espejo inútil,

alguien pasa por la calle, y temo aturdirlo  
con estas imágenes en mi carne, temo  
matarlo con estas memorias confusas que penetran la  
noche,  
que ya no soy tu mar revuelto que rompe los muebles,  
que prende fuego ciudades enteras con solo verte entrar  
en las sábanas,  
no, el vaso de vino hay, y la sed de vos que el vino  
traiciona,  
ves?, no me queda ni la ebriedad, sólo  
una vaga densidad en lo oscuro  
y ya no hay donde ir...

hay mis vísceras atravesadas de tu piel húmeda de otoño  
o escuchar el griterío de los niños en la plaza,  
pero cada vez lo resisto menos, digo, pierdo entidad,  
mirá vos, tu cuerpo se torna cada vez más tenue  
en mi cuerpo cada vez más escaso  
y entonces solo quiero dormir para soñarme otro cuerpo  
para tu cuerpo,  
pero ya no me queda sueño, me quedo en blanco  
mirando la estufa como si nunca hubieras sido,  
como si el Sena o los gitanos en Málaga,  
o las retamas, o tu muslo derecho,  
o el mar de fondo con su infierno de algas  
y tanto muertito en los patios,

y otra vez me falta el aire  
y este lugar que es como una caja negra,  
con esta luz líquida sobre la superficie oleosa  
del vino,  
la leña yéndose en lenguas rojas  
y mis pulmones llenos de brea,  
me pregunto qué dirías de este deshecho de dientes  
flojos  
y me digo: ¿hay algo más que nuestra ausencia?  
¿es esa nada lo mismo que la eternidad?,  
ah, si pasaras hoy por la alameda yo podría mirar de  
nuevo  
y haría mi otoño de navajas y caderas de acero,  
te regresaría a la primera desnudez  
-que es la única-

ah, este lucero como una hipodérmica en la quinta lumbar,  
este ahogo lento y persistente en luna ciega,  
este dolor en el plexo solar que es como tu primer  
mirarme  
pero que en este presente es otra cosa, mala cosa  
esa presión en el pecho,  
y termino el vino y le sonrío a las brasas  
y sirvo otro vaso mientras el lucero desaparece entre las  
estrellas  
y a lo lejos un perro ladra  
y escucho los libros ajándose de olvido,

ya no hay donde ir  
no sé dónde quedó tu libro de Prevert  
y ya no hay ni sueño ni vigilia,  
sólo los dos desvaneciéndonos una noche sin luna  
sin saberte y sin saberme al fin,  
sólo el amor, nuestra ausencia definitiva,  
que no son dos  
que por fin son una.



Pintura: "Reconstrucción del ser", detalles.  
Alejandro Taito Contreras, Caleta Olivia, Santa Cruz

Ediciones Desmesura  
pablojaviergil@yahoo.com.ar  
Nº39 - Enero de 2015  
San Carlos de Bariloche



JORGE ALEGRET  
POEMA

TAITO CONTRERAS  
PINTURA